

UN TEXTO DEL COLEGIO

JUZGADO POR "LA CIVILTÀ CÁTOLICA"

Julián Restrepo Hernández.—Lecciones de Antropología.—Bogotá, Arboleda, 1917, 16.º, XXII-227 p. \$ 1-30.

Con rica erudición propónese el doctor Restrepo, eminente profesor del Colegio Mayor del Rosario de Bogotá, establecer la concordancia entre los resultados de las modernas ciencias filosóficas y fisiológicas con la doctrina de Santo Tomás de Aquino, y siendo profundo conocedor del uno y las otras, acierta a exponer con precisión y claridad sus afirmaciones y conclusiones.

En la primera parte del libro trata de las potencias y operaciones del hombre, y en la segunda de su naturaleza, tanto en lo que mira al individuo como a la especie humana y su origen y a la índole de la mujer. No hay cuestión alguna donde no haga severa crítica de las varias opiniones discordantes, a fin de acertar con la verdad, o con la mejor explicación de los hechos psíquicos, ofreciendo de tal suerte numerosos puntos de hondo interés a cuantos se ocupan en materias psicológicas.

Hay algunos pasajes en que no nos es posible seguir al sabio autor, como por ejemplo, donde critica la clasificación tomista de las pasiones, y ensaya nuevas distinciones y agrupamientos de las sensaciones y de las emociones, como si quisiera corregir la teoría del Aquinate, definiendo de distinta manera la pasión como sensación consciente de la emoción y extendiéndola, de acuerdo con la falange de los psicólogos modernos, hasta las operaciones intelectivas. De esta manera se confunden los términos de las pasiones y se pierde exactitud en la doctrina.

Con algunas otras reservas, este docto volumen, sobrio en la forma y denso en la materia, prestará gratos e importantes servicios a los que en su estudio procuran no distanciar lo viejo de lo nuevo, y difundir la ciencia filosófica cristiana.

(*La Civiltà Católica*, Roma, 1918, vol. 4, 16 de noviembre, pág. 337).

EL COLEGIO DEL ROSARIO

Para mis nuevos condiscipulos

El año de 1917 marca para el Colegio del Rosario el principio de una recia jornada, intensamente vivida por superiores y estudiantes.

¡Cuántas dolorosas expectativas, cuántos y cuán crueles momentos de angustiosas ansiedades precedieron al espléndido, letífico alborar de 1919!

Vimos, los que entonces éramos ya algo así como *pedazos de las entrañas del Colegio*, caer los muros seculares rendidos a las fuerzas superiores de su misma madre tierra. Vimos cómo los techos que quince días antes nos abrigan con su generosidad castellana se pultaban en su caída las sombras de los héroes, las sombras que nuestras fantasías habían contemplado en las noches de luna vagando por las anchas galerías del Colegio. Todo decía ruinas. Hasta en los mismos labios de bronce de la estatua de Fray Cristóbal creíamos adivinar un misterioso movimiento de dolor.

¿Cuándo podría reconstruirse el claustro? ¿Cuándo volveríamos a ver levantada la inmensa fábrica? Ningún mortal lo sabía. El Colegio no tenía dineros suficientes para acometer una empresa de tanta magnitud. El erario público estaba casi exhausto. Los legisladores se empeñaban entonces en conjurar una crisis fiscal que